

LA CHICA DEL AUTOBÚS

Querida, eterna Adriana:

Hubo un tiempo en que debí decirte algo. Coincidió contigo cinco días a la semana en la línea de autobús número 46, de lunes a viernes. Todas las mañanas, cuando yo accedía al interior del vehículo tú estabas sentada allí, siempre en el mismo lugar, el mismo asiento día tras día. Ocupabas una plaza junto a la ventanilla, concretamente la número cinco. Yo subía al bus y te daba los buenos días, después me sentaba a tu lado. Respondías cortésmente a mi saludo, pero eso era todo. Durante todos aquellos meses no llegamos a intercambiar más de dos centenares de palabras, circunscritas principalmente a las condiciones climatológicas; ya se sabe: “Qué frío”, “Va a llover”, “Hoy el tráfico está insoportable”. De todas formas ahora pienso que tú tampoco debías de tener ningún interés por mi persona, de lo contrario al menos te hubieras esforzado un poco por sostener alguna conversación.

Por las noches a menudo pensaba en ti. Imaginaba tu rostro y, sobre todo, la dulcedumbre de tu expresión ausente y melancólica. Luego imaginaba que te pasaba la mano por la mejilla, acariciándola, y entonces brotaba en lo más profundo de mi ser el amor no confesado. ¡Dios!, ¡cuántas veces te desnude con el pensamiento que discurría en mí entre lascivo e inefable! Intuía tus pechos turgentes envolviéndome en caricias el rostro. Pero tú, ¿pensarías tú en mí alguna vez?

No sabría decir por qué me fijé en ti. Al principio me pareciste más joven de lo que en realidad eras. Te eché unos 28 años. De todas formas tu voz trémula no coincidía con la lozanía de tu rostro. Baja de estatura, rubia, de cabello largo que a veces recogías en un moño y otras llevabas ‘suelto en una cola de caballo. Anillo plateado en un pulgar, vestimenta gótica y una pizca macarra. Nunca te vi fumar, pero deduje’ que lo hacías porque en el bolsillo de la camisa a veces se te transparentaba una cajetilla de rubio.

Sí. Debí decirte algo alguna vez. Ocasiones no faltaron durante aquellos dos años en que nos convertimos en compañeros de viaje efectuando diariamente la misma ruta. Cuando yo tomaba el autobús en Callao a las siete quince, tú ya venías de alguna parada anterior -nunca te pregunté de cuál-. Allí estabas: ocupando el asiento número 5, junto a la ventanilla. Cuando llovía, los cristales de las ventanillas de aquel habitáculo rectangular se empañaban por la acción del calor que generaban los cuerpos que viajaban entre lecturas de periódicos o’ dormitando. Recuerdo que siempre limpiabas el cristal con las yemas de la mano izquierda, pero antes de hacerlo escribías en él una “A”. No sabía entonces de qué sería constancia aquella inicial. Tal vez fuera la primera letra de tu nombre, tal vez fuera la letra de la inicial del nombre de tu novio, de tu esposo, de tu amante.

Confieso que ni siquiera sabía cómo te llamabas, pero tú tampoco indagaste ni mostraste valentía por preguntarme cuál era mi nombre. Valiente par de tontos. ¿Y cómo es que me cuestiono ahora todas estas naderías? Te convertiste en una especie de obsesión para mis fantasías sexuales durante algún tiempo. Fuiste becerro de oro, objeto prohibido y amante a la vez.

Un día todo cambió. De repente dejaste de aparecer por el autobús. Hacías siempre el mismo trayecto: te bajabas en Moncloa mientras yo continuaba hasta Ciudad Universitaria. Cuando te apeabas solo pronunciabas un lacónico “adiós”. Ni siquiera decías “hasta mañana”, que hubiera denotado más aproximación, algo así como: “Chico, yo me bajo aquí, pero que sepas que mañana nos veremos en el mismo sitio y a la misma hora”. Pero no, solo decías “adiós”.

A veces pensaba en esa “A” que escribías en el vaho de la ventanilla del autobús y que me atormentaba. ¿Será Ana, o Ágata, o Antonia, o Aída, o Amor? Nunca lo supe.

Hace justo un año que desapareciste. Entraste por una puerta y saliste por otra, pero sigo pensándote de vez en cuando. Nunca llegué a saber cómo te llamabas: no me atreví a preguntártelo y yo te puse un nombre. Me queda el saberme valedor de ser el guardián de tu ausencia. La ausencia. Siempre. Hasta la eternidad.